

CUENTO

"EL SOL EN LOS POTREROS"

HUGO RUIZ

Ensayista y novelista colombiano.

Desde el sombreado declive cercano a la quebrada, reclinado contra un tronco, el hombre podía sin esfuerzo escuchar el fastidioso barullo de los niños en el viejo puente de madera. Indiferente al enceguecedor resplandor de un sol inusitadamente dominical, podía también adivinar en el rostro de su mujer la perenne expresión de temor y resignada paciencia que la miseria había grabado día a día —incansable y laboriosamente— en los juveniles rasgos de pocos años atrás.

Se casó con ella como hubiera podido hacerlo con cualquiera otra, cuando decidió abandonar su vida de diarias borracheras en oscuras tiendas o cafetuchos donde el aire exhalaba un inaguantable olor a cerveza; extenuado de las mujeres ojerasas y ya algo viejas de los lugares donde muchos años intentó olvidar, sin lograrlo; calculando encontrar una nueva y más eficaz medicina al recuerdo que lo atenazaba; cambiar las arcadas y vómitos de las madrugadas por algo decente: un hogar que sería al mismo tiempo su incorporación definitiva al mundo de los hombres sin culpas por expiar. Ahora, rodeado del espléndido verdor del parque, podía medir una vez más la enormidad de su equivocación. Ciertamente había logrado —pese a sus aisladas recaídas— apartarse de los un día imprescindibles cafetines. Pero poco a poco, sin advertirlo, se fue viendo cercado por la certeza de su insuficiencia para desenvolverse no sólo frente a la agresión de la ciudad sino ante lo forzado de su destino. Tras el rehabilitador espejismo de los primeros años de matrimonio, el calor del pobre pero compartido lecho y el sueño reposado de la poven esposa, vinieron con precisión matemática los tres hijos que en ese momento jugaban en el puente, observados por la vigilante mirada de la mujer. Tan sólo los domingos podían abandonar la destartalada pieza en que se guarecían y venir al parque con los críos para olvidar —o pretenderlo— los humillantes ultrajes de la frecuente falta de trabajo, la escasez y la desesperación.

Sabía sin embargo de un motivo más íntimo para sus invariables domingos en el parque. No se trataba sólo de proporcionar a la mujer y los pequeños la gratuita diversión del sol y la hierba como única compensación posible a la agotadora semana vivida en la covecha de un fangoso rincón de la ciudad, y en cuyos alrededores fatigaba sus días subido en débiles andamiajes, mezclando pacientemente la arena y el cemento, colocando cuidadosamente los ladrillos, hasta que al medio-

día la veía llegar con su portacomidas y descendía del trapeo para consumir a su lado el insignificante condumio diario. Al anochecer, regresaba a la casa para soportar el llanto de los niños e intentar reposar su cansancio al lado del cuerpo triste y ajado de su esposa, luchando ferozmente contra el insomnio. No. Lo que lo arrastraba en forma incontestable hacia el parque era la sensación no por artificial menos consoladora de retornar al perdido paisaje de altos árboles, la tibieza del césped y el rumor memorioso de la quebrada, la pureza del aire y el vuelo indiferente de los pájaros. Entonces sentía renacer su infancia y adolescencia, evocaba las grandes haciendas llenas de ganado y la nostalgia lo apresaba para maldecir su suerte, ver en su mujer y los hijos a extraños intrusos cuya sola presencia ratificaba su inevitable condición de exiliado. Y luego el terrible recuerdo; el hecho incomprensible que lo arrojara a una vida absurda en una ciudad nunca definitivamente acabada de entender.

Cuando, apenas un muchacho, tuvo que abandonar la lejana hacienda en que presenció —alucinado, incapaz de comprender lo ocurrido— la muerte de su padre, había iniciado sin saberlo — sin siquiera intuirlo— el doloroso meditar que desde entonces no le abandonaría ni en las inmisericordes borracheras de sus estrechos bares ni en la penosa lobroguez de su mudable hogar.

Gracias al poco dinero que se adeudaba a su padre en la hacienda y que el propietario, aumentando comprensivamente una parte, le entregara en esa siniestra mañana de agosto, pudo esquivar los primeros meses las voraces dentelladas del hambre. No sabía entonces moverse en ese extraño mundo de la ciudad, y erró por las revueltas calles observando todo con provinciano asombro, aún demasiado perplejo para intentar dilucidar el enigma de los recientes acontecimientos; vagando como dormido en un sangriento sueño del cual no acabaría nunca de despertar; intuyendo acaso el destierro y la soledad que lo acompañarían desde entonces, pero sin inquirir insistentemente por las razones del derrumbe. En las noches, tendido en la cama de la pequeña habitación, llegó a vislumbrar la forma en que operaba la desgracia, interpretar algunos de sus mecanismos más poderosos. Finalmente, carcomido por la incierta comprensión de que todo había cambiado sin remedio y era preciso iniciar algo nuevo, entró como ayudante de albañilería en una precaria obra, por intermedio de un inquilino de la humilde pensión en que veía pasar iguales los días. Ahora, muchos años después, ese oficio lo protegía y esclavizaba al tiempo. No podía encontrar satisfacción alguna en los pocos trabajos que se le encomendaban. Pero era el único que sabía, aparte de enlazar ganado, marcar reses, ordeñar; las alegres labores de las haciendas donde su padre trabajara, único paisaje posible para él, fuera del cual se sentía totalmente desarraigado: los infinitos potreros de donde se le había inexorablemente expulsado y a los cuales jamás podría regresar.

Reclinado siempre contra el tronco, palpando su semanal contacto con el evocativo parque, el hombre podía también comprender la usual mirada de extrañeza e ira contenida en el moreno rostro de su mujer.

No pudo nunca contar a nadie los incidentes de esa remota mañana. Tal vez hubiera necesitado hacerlo, pero cuantas veces intentó hablar de ello, en la noche, luego del amor, sintiéndola aún jadear a su lado, las palabras se enmarañaban en la violenta madeja de contradictorios sentimientos que empezaban, una vez más, a buscar la irrazonable explicación del desastre. Sabía que ella interpretaba su taciturna actitud como el resultado de algo que le estaba vedado conocer, y su silencio llegó así a construir el alto muro de incomunicación y rencorosa sospecha que sorprendió muchas veces en los ojos de su compañera. Ahora resultaba imposible rectificar.

Porque al recordar su llanto en esa inolvidable y ardiente mañana de agosto, mientras oía aún los lamentos de su madre en un cuarto de la casa, y algunos hombres lo retiraban del corral abandonado momentos antes por el caballo y en donde su padre yacía muerto de un certero machetazo en el cuello, recordaba también la comprensiva y compasiva expresión perfilada en los duros rostros de las personas mayores, bajo la cual —sin embargo— se agazapaba la tácita e inmodificable decisión de que debía dejar de inmediato la hacienda. Varios vaqueros, oscurecidos por un silencio pensativo y viril, lo acompañaron a caballo, esa misma tarde, hasta el pueblo donde se le indicó qué bus debía abordar y el sitio al que podría llegar en la ciudad. De todo esto hacía más de veinte años, pero era como si hubiera sucedido pocas semanas antes.

Lo más difícil, pese a todo, no fue el escaso dinero de los años iniciales, ni siquiera el hecho de que a los dieciseis años —cuando ocurrió la desgracia— no supiera leer ni escribir; tampoco las constantes negativas tras las primeras preguntas en los sitios en que se atrevió a pedir empleo. Lo realmente difícil, a medida que adquiría práctica en su hasta entonces insospechado oficio, fue la forma subrepticia y tenaz en que con el paso del tiempo el recuerdo empezó a agigantarse, los hechos se dibujaron en la memoria con mayor nitidez y oscuros sentimientos lo acorralaron en su afán de encontrar el secreto resorte que en su momento impulsara el fatal mecanismo del dolor y la ira.

Fue así como inició el largo peregrinaje de sus noches en olvidados bares donde se emborrachaba hasta el desfallecimiento escuchando consoladoras letras de tangos y rancheras, recordando como en un sueño el paraíso perdido del mugir del ganado en las mañanas, el brioso cabalgar de un caballo y el crujir del viento al estrellarse contra los árboles de matarratón y las palmeras. Regresaba en las madrugadas a su pieza de inquilinato, extraviado en una ciudad cuyas calles asfaltadas no eran más que los muros de la cárcel —finalmente optó por esta idea—, en donde debía purgar su condena de prisión perpetua.

Después se había casado. Luego los hijos. Más tarde la sordidez de los días en su trapezio de albañil y la añoranza de los domingos en el parque. Pero siempre, desbordándolo, el recuerdo de esa increíble mañana de agosto.

Ahora, escuchando aún la gritería de los críos en el puente, indiferente al maniobrar de los jugadores de básquet en la cancha, tíbiamente oprimido por la compacta visión de los edificios de la pequeña

ciudad, para él todavía gigantesca, podía rememorar sin demasiada angustia. Las polvorientas veredas que transitó desde pequeño, llevado del brazo por su madre, mirando siempre el vigoroso caminar de su padre que marchaba adelante. Creció así, sin conocer otro mundo distinto al del sol en los interminables potreros por donde avanzaba lentamente el ganado, aprendiendo bajo la hosca y silenciosa mirada de su progenitor el rudo oficio de las fincas. Su padre —era preciso admitirlo— había sido un buen vaquero, experto en el manejo del lazo, el hábil cabalgar y la doma de caballos. Cuando el trabajo concluía iniciaban los tres el infatigable caminar por las veredas de la región, hasta encontrar nuevas faenas en otra hacienda. Su madre ayudaba en la cocina, con las demás mujeres, mientras él aprendía lenta pero concienzudamente los secretos de la vida en el campo. A esto se le limitaban sus recuerdos, hasta el día en que llegaron a la hacienda donde vio morir a su padre, abierto el cuello por un enfurecido machetazo, mientras su madre se retorció de dolor en la dura y costrosa tierra del corral, cuya alta verja había saltado segundos antes el caballo.

Habían traído el caballo esa mañana, y se quedó mirándole admirado cuando lo vio descender como una tromba por la pasarela colocada entre el camión y el corral, para empezar luego a agigantarse, piafando nerviosamente, sin detenerse un momento, trotando de un rincón a otro, con una fuerza y arrogancia jamás imaginadas, los relucientes y tensos músculos y la fiera mirada y la revuelta crin mientras los hombres lo observaban reclinados contra uno de los costados del corral, y el propietario había dicho:

—Con este es mejor tener cuidado. Es el mismo demonio en persona.

Vio a su padre poco después, mientras el caballo continuaba en su indomable trotar por el corral, sentarse a observar el paciente enrojecer del hierro en las brasas. Lo vio luego incorporarse, colgar el machete que siempre llevaba al cinto de uno de los palos de la cerca, tomar el rejo de sobre la barbacoa y permanecer por un momento quieto, como recortado en la claridad de la mañana contra la frenética carrera del caballo. Lo recordaría siempre así: el rostro barbado, sus duras facciones y la mirada tenza, pensativa, mientras sostenía el rejo en la mano izquierda, nimbado en el aura de un sol implacable. Fue como una premonición que disipó de súbito el repentino y veloz silbar del rejo para ver inmediatamente después el enloquecedor girar del caballo y a su padre resistiendo desde fuera, ya el rejo firmemente asegurado con dos vueltas en el travesaño superior de la cerca, antes de escuchar su voz llamándolo:

—Ven aquí y agúntalo.

Después, mientras soportaba los embates del animal, que amenazaban con estillar el grueso madero, pudo ver a su padre llegar hasta el lugar de las brasas y examinar el hierro— la caprichosa zeta rojiza— antes de tomar sobre la barbacoa un pequeño lazo y saltar al corral buscando atarlo por las patas traseras y derribarlo. El caballo fulguraba con

rapidez inconcebible de un lado a otro, tirando a cada momento del rejo, resoplando, mientras su padre, protegido tras el botalón, esperaba la oportunidad de doblar toda la inconmesurable furia y orgullo de la bestia. Fue cuando vio a su madre al lado, observando aterrada el furioso patear del caballo y sus portentosas embestidas contra todo lo que pareciera moverse a su alrededor. De repente se quedó quieto, mirándolo, como si tratara de calcular la fuerza de sus pocos años de edad, midiendo las posibilidades de vencer la resistencia del rejo y el madero. A una señal de su padre, vio a uno de los vaqueros alcanzarle el hierro, que depositó con cuidado contra la cerca, para empezar a avanzar sigilosamente, el lazo dispuesto, hacia el lugar donde el caballo, rígido, continuaba mirándolo. De pronto sucedió algo inesperado. Cuando su padre se aprestaba a arrojar el lazo, el caballo, como si hubiera acabado de premeditar su plan y acumulado fuerzas suficientes para estar seguro de poder ejecutarlo, partió directamente hacia él, dispuesto, según le pareció, a desnucarse o saltar. Se pegó contra la cerca y cerró los ojos para esperar la caída, mientras oía el grito inconfundible de su madre que seguramente corría.

Pero el caballo no saltó.

Como si hubiera previsto lo que ocurriría, llegó hasta el borde mismo de la cerca, giró en redondo y se lanzó rabiosamente en sentido contrario. Cuando, sorprendido por la tardanza, abrió los ojos, escuchó el nítido crujir del travesaño y vio al caballo correr hacia la cerca opuesta y a su padre asido tercamente a un extremo del rejo, arrastrado y zarandeado en la loca carrera del animal, intentando afianzar el rejo al botalón, contra el que parecía ir a estrellarse inevitablemente. El caballo llegaba en ese momento a la cerca y él esperó a verlo saltar libre y olímpicamente, en toda su furia e indomeñable fuerza, mientras sacudía el polvo de sus ropas. Pero cuando vio al caballo alzarse majestuosamente en el aire, como una negra sombra plena de plasticidad y vigor, vio también a su padre aferrado aún desde el suelo al rejo, que había logrado anudar al botalón y que vibró como una cuerda de guitarra al permanecer por un instante tenso en el transparente aire de esa mañana, antes de que el caballo se desplomara bruscamente. Cuando acabó de comprender lo ocurrido, mientras veía a su padre y al caballo incorporarse casi al tiempo, sonrió con orgullo por el coraje, la ira y la altivez de su sangre.

Lo que siguió sólo podía recordarlo como en un sueño. El caballo embistiendo una y otra vez contra su padre, relinchando estruendosamente, mientras éste giraba esquivándolo en tono al botalón, barbotando maldiciones, tan furioso o más que el caballo, aferrado al extremo del rejo sólo por su mano izquierda, mientras en la derecha esgrimía ahora milagrosamente el candente hierro. Algunos vaqueros, comprendiendo el peligro, se disponían a intervenir y buscaban precipitadamente nuevos rejos cuando el caballo, también como si adivinara lo que podría ocurrirle, se lanzó en una astuta y decidida persecución que obligó a su padre a continuar girando en derredor del botalón, inclinado hacia atrás, sostenido apenas por lo tenso del rejo, hombre y caballo girando en

medio del corral como un desaforado carrusel, hasta cuando escuchó el segundo grito de su madre, porque el caballo se volvió de pronto en un repentino y rápido giro para arremeter con redobladobrios contra su padre, que salió arrojado hacia el animal por la fuerza del impulso que traía. Sólo pudo ver la arqueada silueta del caballo arrollando a su viejo padre y escuchar el doloroso e iracundo relincho del animal al sentir el hierro en su cuello, mientras su madre, valerosamente, había penetrado al corral y corría hacia allí, ajena a los gritos de alarma de los hombres, que en ese momento saltaban la cerca. Pegado al astillado travesaño, vio también la imponente figura del caballo al alzarse en sus patas traseras, dispuesto a matar, y a su padre agarrado al rejo, agitando aún el hierro, tendido de espaldas sobre la tierra. Fue cuando, horrorizado, sin poder moverse del lugar, vio a su madre apoderarse del rejo y con una fuerza insospechada en ella dar un violento tirón que desvió la caída del caballo, ahora sorprendido por esa nueva presencia y la cercanía de los hombres que empezaban a alejarlo con gritos y temerosos aspavientos. Tras una polvorienta confusión, vio al caballo dar bruscamente media vuelta y dirigirse hacia la cerca, arrastrando en su carrera el rejo, y saltar victoriosamente la alta verja, semejante a una sombra fantasmal bajo el obnubilante sol de esa aciaga mañana, para continuar luego al galope, libre y triunfante, por el suave declive de los espaciosos potreros. Todavía miraba alejarse el caballo cuando escuchó la voz humillada y reconrosa de su padre, exclamando: "Vieja imbécil", un segundo antes de escuchar el grito y contemplar la unánime mueca de horror en los rostros de los hombres, mientras su padre retiraba el hierro candente de la espalda. Luego la vio revolcarse sobre la dura tierra del corral, al tiempo que hombres y mujeres corrían hacia allí desde la casa. Entonces vio la funda con el machete colgada de la cerca, e inmediatamente después el brillo de la hoja al alzarse y caer certeramente en el cuello de su viejo progenitor, todo como en un sueño, sin que nadie pudiera advertir nada hasta cuando no fue demasiado tarde, especialmente para él, que continuaba ahora reclinado contra el tronco, bañado por un sol dominical que se le antojaba insoportable.

